EL REGALO DE LAS IDEAS DEL OTRO. LA PLURALIDAD COMO FUERZA DEMOCRÁTICA. PARA QUE YO ME LLAME CHILE.

Enrique San Miguel Pérez *

La gloria es "el derecho a amar sin medida", decía Albert Camus en uno de sus cuatro Ensayos líricos: Bodas en Tipasa. Uno se gana ese derecho a amar sin medida, creo, cuando se instala en la ilusión sin lirismo. André Malraux decía que era preferible el lirismo sin ilusión. Jorge Semprún, sin embargo, en una de sus últimas entrevistas, sostenía que, cuando era joven, tenía ilusiones y certezas, y que la diferencia entre ser joven y no serlo era que carecía de certezas ya, pero las ilusiones permanecían intactas.

El tiempo democrático, no digamos el constitucional, es el tiempo de la ilusión para siempre ganada, del derecho conquistado. El tiempo de la realización personal y comunitaria. Evocando su infancia, decía Raymond Aron que la realización tiene que ver con ser uno mismo. Y si hay un lugar y un espacio en el mundo en el que, personalmente, me siento yo mismo, es Chile, Santiago dentro de Chile, mi Universidad Miguel de Cervantes dentro de Santiago, y este Encuentro Internacional Oswaldo Payá, el gran y siempre inspirador Oswaldo Payá, en el seno de mi Universidad Miguel de Cervantes. Es de justicia, pero también un placer, que exprese mi gratitud a nuestro rector, Gutenberg Martínez, por la invitación a participar. Mi gratitud también a CEGADES y Carolina Leitao.

Una invitación que, para mí es realización y renovación, es decir, libertad. Decía igualmente Raymond Aron que, al contrario que el hombre de gobierno, el profesor es libre, y lo es siempre. Eso significa, también, que su responsabilidad es diaria, que su elección es personal, y que el riesgo del total escepticismo, antesala de la sumisión absoluta a un credo, ideario o autoridad, es decir, de la ideologización, es un riesgo cierto.

* Doctor en Historia y Doctor en Derecho por la Universidad Rey Juan Carlos. Ex Secretario General de esa Universidad. Profesor visitante en universidades de Francia, Escocia, España, México, Alemania, Argentina, Colombia, Puerto Rico y la Universidad Miguel de Cervantes. Miembro titular de la FLACSO-España.

El imagino que ser libre y no sucumbir al escepticismo, para mí, tiene mucho que ver con la energía liberadora del cine. En 2005 se estrenó Thank you for smoking, en España llamada Gracias por fumar, una película de Jason Reitman protagonizada por Aaron Eckhart, María Bello, Katie Holmes y Sam Elliott. Cuenta la historia de Nick Naylor, director de comunicación de las compañías del tabaco estadounidenses. Sin la menor vergüenza o escrúpulo, Nick acude al Congreso federal para defender que el tabaco no es más nocivo que volar, conducir, o consumir queso cheddar, porque causas de muerte son los accidentes aéreos o de automóvil, pero la primera causa de muerte en los Estados Unidos es el exceso de colesterol, y el alimento que más colesterol produce es el queso cheddar. Es más: no vacila en expresar su queja por la obligación de que las cajetillas de tabaco hayan de llevar imágenes de pulmones destrozados, o mensajes como "fumar puede matar", mientras aviones, autos, o envases de quesos no portan siniestras calaveras sobre sí. Pero más escalofriante todavía resulta su visita a un programa de televisión para debatir con un joven enfermo de cáncer de pulmón, y ya en fase terminal. Allí sostiene que las compañías de tabaco no quieren matar a nadie, para empezar, por su propio interés, porque sus posibilidades comerciales se reducirían.

El implacable ejecutivo del tabaco, sin embargo, tiene una preocupación: ¿cómo encajará su hijo Jack el trabajo de su padre? ¿Cómo evitar que ese niño se convierta en un cínico despiadado como él? La solución se dibuja, entonces, nítida: aplicará la misma estrategia comercial con su propio hijo, quien será su primer y más importante cliente. Cuando acuden ambos a un parque de atracciones, su hijo le pregunta a qué se dedica. Su respuesta es inmediata: "me pagan para tener razón". Después, tomando un helado de distinto sabor, le explica cómo se llega a tener razón: haciendo dudar al otro de sus propias razones. Convirtiendo la honestidad y el civismo al escuchar del otro en las herramientas con las que debilitarle y derrotarle. Y, a continuación, convertir la hipótesis del cambio de parecer en una cuestión de "libertad". Si tu propuesta va asociada a la libertad, prevalecerá.

¿Nuestro trabajo, como servidores públicos, es tener razón? Más aún: ¿nuestra ocupación vital consiste en tener razón? ¿Cómo funciona una sociedad cuando las personas que la integran han decidido tener siempre razón y hacer dudar al otro de sus propias razones, es decir, convertirle en una realidad susceptible de ser ganada para la propia preferencia, y no libre para optar por su propio proyecto de vida? ¿Querer tener razón siempre hace posible, por ejemplo, elaborar una Constitución para una nación? ¿No quedaría esa nación con-

denada a dos posibles horizontes?: o que nadie piense, o que alguien piense por todos. ¿Cuál de ambos horizontes sería peor?

Y, si nuestro trabajo es tener razón, ¿para qué la democracia, y no digamos, para qué el Estado de Derecho? Las tareas humanas consisten en crear, servir, cuidar, construir, transformar… Son tareas que exceden cualquier naturaleza humana. Incluso la más poderosa. Incluso la más tenaz entre las infatigables. Tareas únicamente abordables cuando se obra desde algunas constataciones: nadie tiene toda la razón y nadie tiene la razón en todo. Pero, igualmente, cada persona tiene una historia única que contar. Una historia que se nutre de ilusiones y de sueños también únicos. Una historia en donde nuestro fundamento compartido es el delimitado por las "terribles palabras" del poema Te quiero de Luis Cernuda: la vida, la muerte, el amor y el olvido.

Por otro lado. Si nuestro trabajo es tener razón… ¿No nos estamos perdiendo el aprendizaje y el crecimiento como personas, es decir, no nos estamos perdiendo nuestra propia vida? ¿Cómo vivir entendiendo al otro como un obstáculo a superar, un planteamiento que derrotar, o una idea sobre la que debe prevalecer la nuestra? Antonio Machado nunca entró en la Academia Española porque, habiendo sido elegido académico en 1930, murió en 1939, al comienzo de su breve y dramático exilio, sin haber podido llegar a leer su discurso de ingreso. Le importaba más la conversación con los amigos en los cafés de Madrid que los honores. Pero escribió algunos materiales para ese discurso. Los denominó Los complementarios. En uno de esos borradores, Machado sostenía: "nunca estoy más cerca de creer una cosa que cuando he escrito la contraria". Nuestras propias ideas serían inconcebibles, y nunca hubieran cobrado forma, si no nos detuviéramos a examinar las ideas de cuantas personas nos rodean. Todo cuanto nos constituye germina y crece en diálogo y debate con el mundo. Es lógico, es humano, y es divertido. Crisis era, para los antiguos griegos, elegir para tomar una decisión. Tras la reflexión desde el análisis. Por eso cada crisis refuerza nuestra personalidad. Salimos de las crisis tomando decisiones.

Y, más aún. Si nuestro trabajo es tener razón, ¿qué lugar ocupan en nuestra vida las personas que nos rodean? ¿Son nuestras conciudadanas o un mero instrumento, cuando no una especie de objetivo estratégico? La realidad definidora de la vida es su naturaleza compartida. El misterio no es el ser humano, decía Martín Buber, sino el ser humano con el ser humano. Y la promesa de la política, añadía Hannah Arendt, consiste en que la política nos dota de las

herramientas para poder vivir todos juntos. ¿Nos vamos a perder al otro? ¿Qué nos quedaría entonces? ¿El "yo"? ¿Hay alguna palabra más triste, más ridícula y más empobrecedora? El yo, diría Albert Camus en El hombre rebelde, niega la grandeza de la vida para apostar por la propia divinización. Ser un dios en vez de una persona. Aspirar a la perfección. Una perspectiva agotadora.

El gran poeta asturiano Ángel González decía en su Poema de buen amor "yo sé que existo porque tú me imaginas… tu pensamiento me hace inteligente… pero si tú me olvidas, quedaré muerto sin que nadie lo sepa". Sin esas personas que nos imaginan no existiríamos. Sin sus ideas nosotros no tendríamos las nuestras. Por eso necesitamos tener junto a nosotros a quien no piensa igual. La hermosa discrepancia democrática entre adversarios, inspirada siempre por la amistad cívica, en plena Era de los extremos, exige conciliar e integrar las energías democráticas. Nos hemos internado en un cambio de época. Y, más que la lógica democrática, la lógica humana nos obliga a transitar de la palabra más triste, "yo", a la más bella, la que etimológicamente representa poner de acuerdo los corazones: "concordia". Comportarnos como Konrad Adenauer con Robert Schuman el 2 de mayo de 1950, ante la propuesta de que Alemania y Francia pusieran en común su producción de acero y carbón y le dieran a Europa más de siete décadas de paz, democracia y libertad: "le digo que sí, y con todo mi corazón". Como siempre que tomamos una gran decisión en la vida. Con el corazón. Con todo el corazón.

2. El regalo del otro ante la Historia, o cómo entendernos en voz baja

El tiempo moral de una generación, decía Manuel Azaña, no tiene límites. En apenas unos años se han conjugado la primera verdadera pandemia de la historia, una brutal crisis económica, el asalto extremista a las instituciones democráticas en todo el mundo, y una guerra convencional protagonizada por una potencia nuclear en el corazón de Europa. Por cierto: la respuesta de las soluciones democráticas a todos estos desafíos ha sido extraordinaria, sin parangón. Lo hicimos muy bien en pandemia, estamos defendiendo muy bien la democracia, y hemos respondido muy bien a la agresión zarista en Ucrania. Recordando a los amigos y familiares fallecidos y afectados, constatando hasta qué punto la agresión extremista es tosca, grosera y aniquiladora, y conociendo una vez más el horror de la guerra. Pero enteros. Asumiendo la continuidad de un tiempo moral democrático, cívico y de concordia, un tiempo democrático, que nos reitera el regalo de las ideas del otro, y en múltiples ámbitos:

1. La apertura a las ideas del otro nos aleja de la siempre terrible interpretación mítica de la historia, y muy en concreto de uno de los mitos políticos más nocivos para la convivencia y para la propia vida: el por Manuel García-Pelayo denominado "mito del reino feliz de los tiempos finales". La convicción de que nuestras ideas están destinadas a prevalecer, y a implantarse en el mundo, a partir del culto a una experiencia, a un caudillo, o a una visión mesiánica o milenarista del porvenir.

2. La apertura a las ideas del otro nos enraíza profundamente en la realidad. Ya no rehuimos la realidad, o la evitamos, o la negamos, o pretendemos vivir fuera de ella. Las ideas del otro representan siempre la esperanza, la novedad, la interpelación constante, y el enriquecimiento cierto. Cuando acudimos al encuentro con el otro portamos una idea. Tras el encuentro con el otro contamos, al menos, con dos. Un día de vida es un día perdido cuando no se ha tenido la oportunidad de considerar ideas diferentes a las nuestras. Y se ha perdido porque no se produjo el encuentro con el otro.

3. Las ideas del otro representan la más honesta y la más imprescindible de las certezas: la de que no estamos solos en el mundo. Convivir únicamente con quienes piensan, y son, y viven, y hacen como nosotros, nos condena a una espantosa soledad. El cínico Ricardo III de Shakespeare decía "tú promete, que el prometer no empobrece". Las ideas del otro no son promesa, sino certidumbre: la del esplendor de la vida humana, con su desafío constante.

4. Las ideas del otro evitan cualquier deriva despótica de la democracia, y la posibilidad de la aparición y consolidación de religiones políticas, no digamos de teologías políticas, y la consiguiente transformación de los partidos y movimientos en iglesias, del debate en un rito, y de los representantes políticos en deidades. El encuentro y el diálogo con el otro comportan el anclaje de la acción política en la persona y en la comunidad, de acuerdo con la solución constitucional, democrática, parlamentaria y representativa. La política democrática no descansa sobre grupos o corporaciones de identidades, por noble que sea su causa. La nación es una suma de mujeres y hombres libres e iguales, en derechos y obligaciones, y ante la ley. Sin duda, con identidades y proyectos diversos, y la política representa el cauce para su expresión en el encuentro y en el diálogo. Pero sin caer en la reinvención del Estado corporativo y fascistoide esta vez fundado sobre identidades presuntamente esenciales, no digamos étnicas o raciales. Somos una ciudadanía mestiza. Y, felizmente, lo seremos mucho más.

5. Las ideas del otro conjuran el riesgo de sucumbir a la tentación de la dialéctica schmittiana amigo-enemigo, incluso amigo-no amigo, y prescinde de la impermeabilidad dogmática, recurso defensivo de la ausencia de ideas ante la incapacidad de asimilar la discrepancia, la controversia, y no digamos la oposición.

6. Las idea del otro descartan la necesidad de entrar en guerra por el pasado y su dominación. La construcción de la memoria cívica y democrática se convierte en una tarea de toda la ciudadanía. Y, por lo tanto, se conjura la necesidad esencialista del extremismo de transitar desde la presunta desdicha a la solemne y mayestática gloria.

7. Decía Ludwig Wittgenstein que el amor era una fuerza que nos empujaba a la instalación en el mundo. En sede cívica, el encuentro con las ideas del otro se realiza a través de la amistad, la que Albert Camus definía como "la ciencia del hombre libre". Y eso representa pasar por una experiencia única cada vez que se da: el reconocimiento de una persona en su identidad. Ese reconocimiento comporta la realización personal. Como decía Raymond Aron, la alegría y la satisfacción sólo tienen que ver con ser uno mismo.

8. La apertura a las ideas del otro equivale, necesariamente, a un diálogo libre y sin limitaciones. Pero, en democracia, en donde todas las personas portan consigo una infinita dignidad y entidad propias, las ideas responden a umbrales concretos de exigencia. En el encuentro con las ideas del otro, podríamos partir, por ejemplo, de las formuladas en el exilio neoyorkino por un gran socialdemócrata española, Fernando de los Ríos, autor de la primera Constitución Europea de la historia para un Movimiento de inspiración cristiana, como el Paneuropeo, entre 1943 y 1944: combatir conjuntamente a favor de los derechos y de las libertades, de la bondad y de la belleza de la vida, y de la propia alegría de vivir. Luchar contra la intolerancia frente a todo proyecto de vida humana que se despliega al amparo de la ley. Cuando Federico García Lorca marchó a Madrid a vivir, Fernando de los Ríos, que había sido su profesor de Derecho Político en Granada, le dijo que visitara al llegar a Juan Ramón Jiménez. Y le dio una carta de presentación que decía: "aquí le envío a este joven, lleno de anhelos románticos". Una sociedad es democrática cuando caben en ella todos los anhelos. Pero los anhelos concurren en el debate público de manera libre, y no se fosilizan. Democracia es también conjugación de anhelos. Militancia democrática, no digamos.

9. Sigo en el tiempo moral de 1927-1936. Cuando Pablo Neruda evocaba a Federico García Lorca decía que su mera presencia representaba la multiplicación de la hermosura. Mucho más que el genio al piano improvisando fandangos, como le decía Arthur Rubinstein a Rafael Martínez Nadal, contemplando al joven poeta granadino tocando a las cinco de la mañana. Pero en democracia no necesitamos necesariamente el genio, sino la creatividad. En democracia, necesitamos multiplicar, y multiplicamos. Por supuesto, la imaginación, pero con inteligencia y disciplina. Conciudadanía, y no mera alianza. Pero para una construcción compartida, no sólo para el encuentro entre diferentes. La multiplicación de la hermosura tiene muchos nombres. Uno es el de Constitución.

10. Y hacer una Constitución equivale a no perder nunca de vista una idea motriz. Una. El redactor material de la Constitución republicana española de 1931, Luis Jiménez de Asúa, socialista y catedrático de Derecho Penal, que murió en el exilio en Buenos Aires, decía que la Constitución debía servir para que los españoles nos entendiéramos "en voz baja". Directo y, no digamos, pedagógico. Diría que una perspectiva muy complementaria es la que expresó Juan Ramón Jiménez, liberal clásico de la generación de 1914, la que une a los hombres del 98 y a los del 27, cuando en 1948 fue entrevistado por la publicación bonaerense España republicana, y se le preguntó, en los principios de la dictadura franquista, qué quería para España. Su respuesta fue nítida: que toda la ciudadanía española pudiera llegar a disfrutar de una vida honesta, entre personas decentes, y en un régimen de libertades.

Nobles y vigentes ideales, muy centrados en la manera democrática de vivir, en la concepción del sistema constitucional, democrático y parlamentario, como un ejercicio de estilo. Sin embargo, la Constitución de 1931, técnicamente la mejor de la historia de España, muy bien redactada, muy avanzada en su sensibilidad hacia todas las históricas reivindicaciones en confluencia en la apasionante sociedad de la más brillante España de la historia, y comprometida con la cohesión social, no fue asumida como propia por buena parte de la ciudadanía, y combatida con éxito por el extremismo hasta un golpe de Estado que dio origen a una guerra "extranjera y extraña", que diría también Juan Ramón Jiménez, y a la dictadura más larga y sangrienta de nuestra historia.

El acierto del sistema constitucional de 1978 reside en ser fruto, precisamente,

del conocimiento de la Historia. La Constitución vigente no es tan inocente como la de 1812, ni contó con los debates magistrales que dieron lugar a la de 1869, ni produce la misma admiración en los juristas que la de 1931. Es debatible si los constituyentes de 1977-1978 eran tan brillantes académicamente como los de 1812, 1869 y 1931. Lo que es seguro es que sabían mucha más Historia. Que, a lo largo de su trabajo, la tuvieron muy presente. Y que fueron, por tanto, los mejores constituyentes en el momento más bello y más difícil.
Ante la Historia, las ideas del otro representan siempre un regalo. ¿Pueden ideas diversas confluir dentro de una misma propuesta política y partidaria, al servicio de una propuesta de integración de las energías constitucionales de una sociedad, y precisamente como garantía de la forma constitucional, democrática y parlamentaria de gobierno? Mi maestro italiano, Giuseppe Galasso, y su colega y amigo, Pietro Scoppola, respondieron en plena crisis del sistema partidario italiano, en 2007, de manera afirmativa. Y explicaron el procedimiento: aplicando la racionalidad para crear un nuevo partido integrador a través de una "fusión fría". La pasión política, congelada. Desde entonces, ese partido, el Democrático, habría de contar con primeros ministros como Enrico Letta, e Italia con eficaces gobiernos de concentración presididos por figura como Mario Monti y Mario Draghi, para admiración de muchos en Europa. Me cuento entre ellos. Políticos rigurosos, honestos, serios, inteligentes, respetuosos… Han sido sucedidos por Giorgia Meloni, heredera política de Benito Mussolini. ¿Los buenos políticos y la buena política no tienen espacio ya? Eduardo Frei Montalva advertía ya en 1940, en La Política y el Espíritu, acerca de los "católicos intelectualizados" porque "no tienen palabras vivas". No basta con que la palabra política sea coherente y equilibrada. Debe inspirar vitalidad. Construir vida y experiencia.

2. El regalo del otro ante la Política. ¿Cómo trabajaremos juntos siendo diferentes?

Porque el problema es que un político no es bueno si no parte de una lectura lúcida, viva y dinámica de nuestra encrucijada histórica. No es pasión ni fusión, sino necesidad: la democracia, y no digamos la manera democrática de vivir, sigue siendo una realidad frágil y vulnerable, apenas embrionaria en el transcurso de la historia, localizada esencialmente en Occidente, mundialmente minoritaria, y bajo permanente y muy agresiva amenaza allí donde se encuentra implantada. Incluso en sus históricos centros impulsores: en menos de dos años hemos asistido a un asalto al Congreso de los Estados Unidos, a

una extrema derecha que en las elecciones presidenciales francesas alcanzaba casi el 42% de los sufragios, a un deterioro del sistema político británico sin precedentes, o a la instalación del postfascismo, de la mano del racismo y del populismo, en el gobierno italiano, tras imponerse en unas elecciones, algo que nunca consiguió el fascismo fundacional.

En 2007, decía, se emprendió en Italia una experiencia histórica sin precedentes: la creación de una alternativa política al primero de los populismos que triunfaron en Europa ya en el final del siglo XX, y que estaba integrado por una formación xenófoba como la Liga Norte, y Forza Italia, el partido de un magnate de la comunicación llamado Silvio Berlusconi. Esa alternativa al extremismo estuvo muy meditada por las grandes personalidades del antiguo pentapartito que, bajo el liderazgo de la democracia cristiana, y la participación imprescindible de socialistas, socialdemócratas, liberales y republicanos, convirtieron a la Italia destruida en 1945, en un cuarto de siglo, en nación fundadora de la Alianza Atlántica, las Comunidades Europeas, el G-7 y el G-20.

Una de esas personalidades fue Giuseppe Galasso, republicano y laico, liberal progresista mazziniano. Habiendo conocido en su infancia y juventud el fascismo, y en su madurez la instalación del populismo liguista y berlusconiano en la vida pública italiana, y a la vista del decepcionante funcionamiento de plataformas de centro y centro-izquierda como "La Margarita", o de coaliciones como "El Olivo" (Giulio Andreotti decía que había llegado la Era de la "política botánica"), su propuesta pretendía aportar una respuesta más madura al "horizonte de la complejidad" que suscitaba una crisis general, económica, política e institucional. Esa respuesta pasaba por la voluntad de representar la centralidad republicana desde una propuesta partidaria inequívoca: la demócrata, siguiendo el modelo estadounidense, especialmente su tradición liberal clásica rooseveltiana y kennedyana. El nuevo Partido Democrático nacía, de esta manera, como agregación de todas las grandes tradiciones de pensamiento y de gobierno del centro y centro-izquierda, ya presentes en los gobiernos del centrosinistra, ya estuvieran liderados por cristianodemócratas, republicanos o socialistas como Aldo Moro, Giovanni Spadolini o Bettino Craxi, sumando a los antiguos eurocomunistas de Enrico Berlinguer. Tradiciones que se fusionaban en la racionalidad, y no en la calidez o el entusiasmo. El análisis de Galasso era impecable, pero también doliente: si Berlusconi había podio gobernar cinco años sin más factor de cohesión que su

propio extravagante liderazgo, ¿por qué el centro-izquierda no lo había conseguido contando con líderes tan respetables como Romano Prodi?

Su respuesta era automática: había faltado el respaldo de una organización partidaria que otorgara consistencia a la acción de gobierno. Una organización que debía ser capaz de aglutinar a la mayoría de la sociedad italiana. En el cumplimiento de ese objetivo, Giuseppe Galasso le adjudicaba a la centralidad italiana un doble e histórico error: por un lado, la fragmentación del proceso de decisión política; por el otro, la ausencia de una imprescindible cohesión, y tanto ideológica como programática. La creación de un partido unitario, dotado de una acción unitaria, podría resolver esa doble problemática. No ignoraba el catedrático napolitano que la pertenencia a culturas políticas diversas en modo alguno tocaba a su fin con la militancia en un nuevo partido. Y, por eso, la fusión partidaria habría de aprender a convivir con la permanencia de esas culturas. Pero, llegado un tiempo de urgencia democrática, las culturas eran convocadas a desplegar una acción común.

En nuestras incursiones depredadoras por las librerías de Madrid, o a lo largo de las interminables y copiosas comidas que manteníamos en la propia capital, o en Alcalá de Henares, tuvimos ocasión de analizar la creciente ausencia de fuerzas que acertaran a interpretar a los amplísimos espacios centrales de nuestras sociedades. Cuando el profesor falleció en febrero de 2018, la ciudadanía italiana estaba a punto de dar la victoria al populista Movimiento Cinco Estrellas, con la Liga Norte casi arrebatando al PD la segunda posición. Pero es verdad también que, desde las elecciones presidenciales francesas de 2017, una experiencia política ha querido expresar, y tanto en términos históricos como estratégicos, la republicana necesidad de un anclaje democrático y central: La República en Marcha. La candidatura presidencial de esta plataforma habría de estar liderada por Emmanuel Macron, un joven ministro saliente del gabinete socialista de François Hollande, pero organizada por François Bayrou, heredero del socialcristianismo del Movimiento Republicano Popular y del Movimiento Republicano de Liberación, líder del Movimiento Demócrata. El encuentro entre tradiciones de pensamiento y de gobierno en modo alguno pretendía desconocer o mucho menos anular culturas y trayectorias políticas. El énfasis residía en el objetivo común: detener a los populismos extremistas en Francia y, por extensión, en todo el continente, y darle continuidad al proyecto del Estado social y democrático de Derecho, europeísta y modernizador, y a la ampliación de los derechos y libertades fundamentales.

Esa conjugación de esfuerzos, como en todos los grandes momentos de la historia y de la estrategia democráticas, obedecía a la inteligencia y a la audacia, aunando conceptos aparentemente contradictorios. Igual que en 1944 Marc Sangnier planteaba "La Revolución a través de la Ley", en 1945 el laborismo británico proponía "Y, ahora, gana la paz", y en 1964 Eduardo Frei Montalva llamaba a "La revolución en libertad", Emmanuel Macron proponía una "Revolución: reconciliar Francia".

Revolución como reconciliación. El encuentro, el diálogo, la comprensión, la empatía y la compasión como cotidianas revoluciones democráticas. La fraternidad como alternativa a la división, la fractura y la confrontación. La democracia debe colocar al ser humano en el centro, y defenderlo a través de la ley, y de la acción de los poderes públicos legítimamente constituidos gracias al consentimiento, al compromiso y a la participación de los gobernados. Los extremismos no colocan a la persona en el centro: en el centro colocan al odio. Y nada más complejo, más artificial y, por lo tanto, más necesitado de simplificación, que el odio. Lo humano no es odiar. Reconciliar, en cambio, nos propone integrar la determinación cívica de dar continuidad histórica a las formas constitucionales, democráticas y parlamentarias a través de una decidida voluntad reformista, es decir, y de nuevo, la revolución a través de la ley, del Estado de Derecho, y en libertad. La política y todas las formas del servicio público deben y pueden inspirar la reconciliación. Una reconciliación que integra e incluye a través de las reformas. En política, reformar es reconciliar. Y nos invita a la adopción de algunos grandes renglones estratégicos que dan cauce al trabajo fecundo desde las propias ideas, pero también en comunión con las ideas del otro:

1. La visión sencilla de un modelo de sociedad. Y sencilla, porque se compadece con un plan y un estilo de vida. Nos encontramos quienes, con ideas y perspectiva distintas, entendemos la República, pero también la vida, de la misma manera: como un espacio para el crecimiento personal y comunitario, en justicia y en compasión; para la igualdad profunda entre corazones vitales y humildes, corazones que saben conocer, comprender y compartir; para la vitalidad, la espontaneidad y la pasión por la libertad, pero sabiendo valorar el dominio personal, la contención, la moderación; para la dignidad de la ilusión, de la esperanza y de la inocencia.

Si la solución constitucional, democrática y parlamentaria va a seguir siendo

la única respuesta a los extremismos populistas, es decir, al afán sectario de negación del proyecto de emancipación humana integral y fraterna, social y territorialmente justa y cohesionada, eso significa que entramos en un nuevo y largo período constituyente de la historia. Un período de responsabilidad.

2. La convicción de que la propuesta republicana, necesariamente, es una propuesta central. La República es una "solución de término medio", en expresión de Morales, uno de los portavoces de Manuel Azaña en La velada en Benicarló. En esa República, los derechos del ser humano están tutelados y protegidos por el Estado de Derecho; se garantiza el pluralismo de los grupos sociales, de la persona y de las comunidades, y la diversidad de proyectos de vida; las instituciones adquieren una medida humana; y no sólo se potencia el derecho de la ciudadanía a la participación en el gobierno de la nación, sino que se convoca a esa misma ciudadanía a la asunción de sus obligaciones.

3. La necesidad de hacer política con alegría, pero en serio; con realismo, pero desde la esperanza; con responsabilidad, pero responsabilidad visionaria; con pragmatismo, pero sin renunciar a las ambiciones y a los ideales que definen a las sociedades vivas. La política, como la enseñanza, como la comunicación, como todas las formas de servicio público, nos transmiten toda la espléndida vitalidad de nuestra sociedad.

4. Para eso, y desde ideas y creencias diversas, debe cobrar expresión, presencia, participación y entidad partidaria una centralidad dinámica, necesariamente plural, abierta, cívica, ambiciosa, constitutivamente comprometida con la cohesión social, reformista, feminista, atenta a la preservación de la creación. Una centralidad humilde, sencilla, cálida, acogedora y fraterna, comprometida con los segmentos más frágiles y vulnerables de nuestra conciudadanía. Una centralidad que sepa disfrutar del encuentro en la diferencia,

5. En política, la pluralidad sirve como fuerza democrática, y no como ejercicio escolar. Pero porque la pluralidad es el constante descubrimiento de la capacidad de una sociedad para reconocer y promover cuanto le resulta esencialmente común. En democracia, el servicio se instala en un patrimonio cultural y convivencial compartido. En un histórico discurso en el Senado chileno, el 11 de julio de 1973, Patricio Aylwin definía a "la convicción democrática" como "valor cultural y norma de convivencia cívica". Convivencias y culturas en plural para una convivencia en singular.

6. Encontrar el camino de la centralidad, además, no es complejo, sobre todo en los períodos más exigentes de la historia. Mi padre decía siempre que había resultado muy fácil ser antifranquista. Exige, eso sí, coraje político y personal. Cuando Willy Brandt tomó posesión como alcalde de Berlín, en 1957, cada vez que un compañero le visitaba para objetarle su presunto giro hacia la derecha le llevaba hacia su despacho y le mostraba a los tanques soviéticos estacionados a menos de cinco minutos. Willy Brandt, en Mi camino hacia Berlín, con la autoridad del socialista que luchó contra el nazismo, exiliado, cautivo y torturado, no vacilaba en definir al régimen que imperaba en la zona de ocupación soviética como "enemigo del débil, del indefenso y de la clase obrera". Al extremismo se le reconoce porque sigue hoy siendo el mismo enemigo del débil, del indefenso y del trabajador. En todo caso, incluso en la Era de los extremos, el extremismo es minoritario. Por eso sobreactúa. El camino de la centralidad es el camino mayoritario en democracia.

7. Acertar en el diagnóstico político e histórico no garantiza el acierto en la alternativa partidaria. Quien trabaje en política debe saber si quiere hacerlo dentro de una fuerza ligera o pesada, de acción política o una mera plataforma electoral, ministerial ("somos pocos, pero todos ministrables", decía un clásico de la Transición española) o de participación, con un esquema fijo o adaptativo, jerárquico o colegiado, más atento al juego partidario, a su propio dinamismo interno, o al dinamismo de la sociedad, vertebrado o esponjiforme, más centrado en su mística interna, o más desplegado hacia el exterior.

8. Si la solución constitucional, democrática y parlamentaria va a seguir siendo la única respuesta a los extremismos populistas, es decir, al afán de negación del proyecto de emancipación humana integral y fraterna, social y territorialmente justa y cohesionada, eso significa que entramos en un nuevo y largo período constituyente de la historia. Un período de responsabilidad y estabilidad. Especialmente a la hora de construir mayorías de gobierno, no digamos constitucionales. Una sociedad más plural obliga también a saber que la pluralidad entiende y acepta decisiones que no contentan del todo a nadie. Pero ni acepta ni entiende la adopción de esas decisiones sin escucha previa, y no digamos sin respeto y sin reconocimiento de ideas y propuestas.

9. La centralidad, decía De Gasperi, reside precisamente en poner las energías constitucionales de una sociedad al servicio de un nuevo tiempo y de una también nueva, cálida y acogedora humanidad. En donde, como primera pre

misa, la única pretensión condenada al exterminio es la pretensión de exterminar al adversario. Mucho puede el terror, sostenía el Garcés de Manuel Azaña, pero su error consiste en que él mismo engendra la fuerza que lo aniquilará. Tanto en España como en Chile lo sabemos muy bien. Por eso, como decía de los Tratados de Roma un socialdemócrata valón como Paul-Henri Spaak, lo que urge siempre, en la vida política e institucional, es proceder a "un llamamiento a la inteligencia, a la cordura y a la solidaridad".

10. Aldo Moro decía en 1968 que existía una nueva humanidad que estaba haciéndose. Y que el movimiento de esa nueva humanidad era, como la propia historia, irresistible e imparable. En 2022, la maravillosa prolongación de la existencia, y la aceleración de la historia, determinan que sean varias humanidades las que quieren hacerse al mismo tiempo. Hablar de pluralidad significa reconocer la pluralidad etaria, el diálogo fecundo entre personas de edades distintas, la acumulación de experiencias y sensibilidades plurales en una sociedad en donde convergen, y en plenitud profesional y política, al menos tres generaciones. La fuerza democrática del encuentro generacional y vivencial es una garantía de futuro gigantesca.

Para terminar. Para que yo me llame Chile

Concluyo. Citaba antes al poeta asturiano Ángel González, uno de los más grandes entre los integrantes de la generación del 50'. Uno de sus poemas más representativos, Para que yo me llame Ángel González, recuerda que él no es más que el resultado de un ancho espacio y un largo tiempo, de hombres de toda mar y toda tierra, fértiles vientres de mujer, y cuerpos y más cuerpos fundiéndose incesantes en otro cuerpo nuevo, un pasaje lento y doloroso, sobreviviendo naufragios aferrándose al último suspiro de los muertos, para dar en él, que lucha contra el viento, convertido en "el éxito de todos los fracasos, la enloquecida fuerza del desaliento".

Una República, una Constitución, un Estado de Derecho, una democracia, son y somos el éxito de todos los fracasos. ¿Hemos de fracasar todas y cada una y todos y cada uno para que culminemos con éxito la tarea? Mi convicción es que una Constitución se instala en el siempre de los seres humanos, el de Fabrizio de Salina, cuando resulta parcialmente incómoda a cada persona, cuando a nadie convence del todo. Que ganaremos, como nación, cuando cada ciudadana y cada ciudadano haya dejado algo de sí, una idea, una pro

puesta y una ilusión, en el camino. Pero esa es también la fortaleza de la democracia y del Estado de Derecho, y de la forma constitucional y parlamentaria de gobierno. Saber perder hoy para ganar, y ganar para esta generación y las próximas. La, diría Alberto Jiménez Fraud, "emoción liberal" de atender a las necesidades humanas esenciales de libertad y de racionalidad en el marco de la ley y de la institucionalidad legítima que de ella emanan. De todos nuestros fracasos individuales, del espacio ancho, o estrecho y profundo, del largo tiempo, habrá surgido una realidad compartida. La fuerza de las ideas, diría Gutenberg Martínez. De todas las ideas democráticas. Para que yo no llame Enrique San Miguel. Para que yo me llame Chile.